

**Margarita Díaz-Andreu García, *Archaeological Encounters: Building Networks of Spanish and British Archaeologists in the 20th Century*. Newcastle: Cambridge Scholars, 2012, 490 pp.**

El interés por los factores geográficos que conforman el conocimiento científico surge a finales de los años 80 del siglo XX y se desarrolla en las décadas posteriores de manos de Stephen J. Harris, Simon Naylor y Davi N. Livingstone. Siguiendo esta línea, aparece entre las publicaciones más recientes la obra de Margarita Díaz-Andreu, en la que trata de exponer –con éxito– cómo el conocimiento científico sobrepasó la barrera del espacio y cuál fue su desarrollo en dos ambientes académicos tan distintos como fueron el español y el británico durante el siglo XX. Como fuente principal para el análisis de dichos ambientes se emplea el estudio de la correspondencia personal de un personaje fundamental para la arqueología del siglo XX, Luis Pericot García –Lluís Pericot Garcia en catalán, (1899-1978)–, cuyo intercambio epistolar aporta esa información subjetiva y llena de matices que si bien en otros contextos puede terminar siendo irrelevante y anecdótica, aquí logra –gracias al buen oficio de la autora–, servirnos como vía de descubrimiento y comprensión de la evolución de la arqueología dentro de un contexto internacional.

Tras una serie de ayudas para la comprensión del libro, comienza el contenido del mismo dividido en tres partes. La primera, que ocupa los capítulos del uno al tres, establece las pautas a partir de las cuales se organizarán el resto de contenidos. El capítulo primero, la introducción, está enfocado a exponer aspectos fundamentales en los que se basa la obra, como el marco científico, los objetivos dentro de la disciplina que se quieren alcanzar y el cuerpo documental en el que se sustenta el conjunto del trabajo. El segundo capítulo nos presenta desde un primer momento las instituciones relacionadas con la arqueología y la prehistoria –de otra forma nos resultarían completamente desconocidas–, que a su vez se ligan a distintas figuras académicas tanto españolas como inglesas, lo cual, desde el punto de vista de un lector no avezado en temas institucionales, resulta de agradecer. Mientras, el capítulo tercero trata el perfil del principal arqueólogo español en torno al cual gira la obra, Luis García Pericot, el cual sirve a la doctora Díaz-Andreu para extrapolar, a partir de un caso individual, unas conclusiones globales para el desarrollo de las relaciones internacionales en la arqueología del siglo XX.

La segunda parte del libro explora, a partir del análisis de una correspondencia dilatada (1920-1970), el tipo de relaciones particulares que García Pericot estableció con distintos arqueólogos ingleses de su tiempo. Esta parte acoge los capítulos cuatro, cinco y seis, representando cada uno de ellos una de las tres localizaciones de Reino Unido donde el arqueólogo catalán estableció contactos epistolares con sus homólogos británicos. Dichas ubicaciones son, respectivamente: Londres (Thomas Kendrick, Gordon Childe y otros), Cambridge (Grahame Clark, Dorothy Garrod, Glyn Daniel, etc) y Oxford (ET Leeds y Christopher Hawkes). En esta parte resulta encomiable la labor documental llevada a cabo, gracias a la cual la autora sustenta un análisis pormenorizado del perfil de cada uno de los individuos implicados en las cartas. Así pues, cada capítulo realiza inicialmente una breve introducción biográfica de cada uno de los implicados –necesaria para entender su inclusión en la obra–, seguida de la correspondencia que se mantuvo con él y los resultados de la misma.

La presentación de toda esta información está acompañada de gráficas que nos muestran de manera visual el volumen epistolar estudiado en cada caso –donde se incluyen tanto el recuento de las misivas dirigidas de forma directa como aquellas mencionadas indirectamente en aquellas–, de tal forma que empezamos a comprender las sinergias entre distintos individuos en el estrecho campo que era la arqueología. Las fotografías, que afloran a lo largo de toda obra de Margarita Díaz-Andreu, se hacen especialmente abundantes en estos capítulos y suponen un recurso excelente a la hora de poner rostro a los autores de cada misiva, permitiendo a la vez captar la humanidad que existe tras ellas. Sirvan de ejemplo imágenes como las que retratan las explicaciones de Pericot sobre las colecciones del Museo de Valencia (p. 189, fig. 5.7), o un acto tan distendido como es una comida en grupo (p. 190, fig. 5.8).

La tercera parte del libro tiene dos capítulos bien diferenciados. Así, el séptimo se plantea en relación a tres aspectos inherentes al conocimiento científico, que son: su producción, transmisión y recepción. Para atender cada uno, Margarita Díaz-Andreu retoma la correspondencia presentada en los capítulos anteriores, pero dándole ahora un enfoque distinto y centrándose en el contexto socio-político y cultural que rodeaba a Pericot y la *Producing Geographies* (p. 307), por la parte España; y a Gordon Childe y Christopher Hawkes en representación de Gran Bretaña. Como resultado de su análisis, la obra responde a dos preguntas que la autora ya había anticipado al comienzo del capítulo. Una: ¿Importa dónde se produce el conocimiento arqueológico?, y segunda: ¿pueden las ubicaciones de los arqueólogos influir en el contenido y la naturaleza de su producción científica? Para reforzar la hipótesis de partida, sobre cómo el contexto geográfico es esencial desde el punto de vista biográfico de cada arqueólogo, Díaz-Andreu presenta ante nosotros diversas gráficas y tablas donde se plasman los datos más relevantes extraídos del anterior análisis epistolar referido tanto a Pericot como a la producción científica de las tres figuras seleccionadas. Además, y en relación con el problema de la recepción del conocimiento, la autora estudia asimismo la influencia de las relaciones personales en el ámbito de la arqueología y el impacto que estas alcanzan en los alumnos llamados a suceder a sus maestros en la producción científica.

Este capítulo consigue por lo tanto trascender la visión de los datos individuales como meros instrumentos para la reconstrucción de la historia del individuo, lo que los eleva a referencias que pueden ser extrapolables a contextos mucho mayores, como el de las relaciones internacionales entre los arqueólogos del siglo XX.

El capítulo octavo está dedicado a la exposición de unas conclusiones finales que recuperan los tres pilares principales de la obra: el uso de la microhistoria como herramienta a partir de la cual obtener todos los datos posibles sobre un individuo, lo que permite establecer un mayor número de relaciones posibles dentro de su campo de trabajo; el análisis de la correspondencia como fuente de documentación de carácter único, esencial para estudiar y entender la evolución de la persona; y la geografía del conocimiento como proceso en el que todo lo anterior se traslada de forma progresiva y con rigor científico desde la microhistoria a la macrohistoria, de lo que se derivan postulados que nos ayudan a entender el desarrollo histórico del conocimiento científico actual –hecho a lo cual otorga la autora un papel preeminente en el discurso final de su obra–.

El volumen termina con una biografía breve de todos los actores que se han ido sucediendo a lo largo cada capítulo, muy útil para situarlos en su contexto geográfico,

histórico e institucional. A este anexo le sucede una extensa bibliografía, lo que no resulta extraño si se tiene en consideración la gran cantidad de fuentes y datos con los que la autora ha debido lidiar para asentar un trabajo tan considerable.

En definitiva este libro, fiel a su título, nos describe los encuentros que se dieron a lo largo del siglo XX entre la arqueología española y británica a través de algunas de las figuras que mayor relevancia alcanzaron en este campo científico, pero sin por ello limitarse a realizar un análisis meramente biográfico de sus protagonistas o un estudio limitado a su correspondencia. Con su obra, Díaz-Andreu abre nuevas vías de interpretación de los datos, añadiendo puntos de vista cruzados en un mismo tiempo histórico que finalmente forman parte de una realidad global. Quizá sí se echa en falta en el conjunto de la obra una redacción más extensa en relación a las obras de las que bebe en primera instancia –aquellas mencionadas muy brevemente en la introducción de Harris, Naylor, Livingstone, etc.–, y que suponen dos décadas de influencias previas; o bien una entrada dedicada a un estado de la cuestión específicamente centrado en la historia de la arqueología, donde se dé cuenta de las líneas de trabajo más actuales de dicho campo. En cualquiera de los casos, dichos elementos son subsanables a la vista de la bibliografía aportada y no desmerecen para nada el resto de un trabajo en el que se ha puesto especial cuidado a la hora de mantener contextualizado en todo momento al lector. El resultado es un libro único, tanto en sus objetivos como en el planteamiento de su contenido, así como un excelente volumen de referencia para cualquier especialista que inicie un trabajo de características similares.

Francisco Sánchez Salas  
Universidad de Barcelona  
francisspr@gmail.com

Fecha de recepción: 23 de abril de 2015.

Fecha de aceptación: 6 de mayo de 2015.

Publicado: 30 de junio de 2015.

Para citar este artículo: Francisco Sánchez Salas, “Margarita Díaz-Andreu García, *Archaeological Encounters: Building Networks of Spanish and British Archaeologists in the 20th Century*. Newcastle: Cambridge Scholars, 2012, 490 pp.”, *Historiografías*, 9 (enero-junio, 2015): pp. 152-154.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/9/sanchez.pdf>